

<http://dx.doi.org/10.4067/S0718-10432018005001503>

Reterritorializaciones migrantes a través del cuerpo y su expresividad¹

Migrant reterritorializations through body and its expressions

Pablo Mansilla Quiñones² y Walter A. Imilán³

Resumen

Las migraciones transnacionales desafían la relación entre los procesos de construcción de identidades y el territorio. El espacio ha sido considerado por las Ciencias Sociales como telón de fondo y contenedor de las prácticas sociales, sin embargo una perspectiva constructivista permite reflexionar sobre las prácticas sociales como productoras de espacio y territorio. Las prácticas de población migrante territorializan sentidos de pertenencia a través del cuerpo, entonces el cuerpo deviene en territorio. Esta reflexión amplía la comprensión de los fenómenos migrantes y sus expresiones territoriales. A partir de un trabajo empírico centrado en peluquerías administradas por y orientadas a población migrante en el centro de la ciudad de Santiago, se discute la multiplicidad de formas de territorialización de las identidades migrantes.

Palabras claves: migración, territorio, territorialidad, desterritorialización, cuerpo, expresividad territorial.

Abstract

Migration challenges the relation between identity-building process and territory. Space has traditionally been observed as backdrop of social relations and practices, but a constructivist perspective leads the analysis to observe the practices producing space and territory. That space expresses itself on different territorialities. Some practices of migrant population produce territory on the bodies, so, the body becomes territory. This reflection expands the knowledge of migration and its spatial expression. The present text is based on ethnographical fieldwork on migrant beauty salons and barber shops in Santiago downtown. Considering these empirical observations, the text discusses multiple ways to produce space through the identity-building processes.

Keywords: migration, territory, deterritorialization, body, territorial expression.

Recibido: 10 octubre 2016. Aceptado: 12 mayo 2017

- 1 En el marco del Núcleo Milenio Movilidades y Territorios de la Iniciativa Científica Milenio y del proyecto FONDECYT 1161437.
- 2 Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, CHILE. Email: pablo.mansilla@pucv.cl
- 3 Universidad Central de Chile, Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje. CHILE. Email: walter.imilan@ucentral.cl

Introducción

Las dinámicas de la globalización capitalista imponen un nuevo desorden mundial, caracterizado por la movilidad de personas, objetos, ideas (Santos, 2004; Harvey, 2004; Sheller y Urry, 2006), que redefinen los usos y significados del territorio (Haesbaert, 2004).

Las transformaciones generadas en la práctica de la migración dan cuenta de un proceso de transnacionalización (Canales y Zolniski, 2000; Levitt y Glick Schiller, 2004; Pries, 2002) y de transterritorialidad (Haesbaert, 2004; Irazábal, 2013), en el cual los migrantes crean territorialidades relacionales capaces de generar conexiones con múltiples territorios, transgrediendo las escalas espaciales del lugar de origen o destino (Vertovec, 2006). En este contexto, la experiencia migrante permite “establecer y mantener unos campos sociales que cruzan fronteras geográficas, culturales y políticas” (Garcés et al., 2016, p. 207).

Esas transformaciones generan nuevos desafíos para los estudios de migración abriendo, según Vertovec (2006, p. 158), interrogantes como: “¿Qué tipos de cambios sociales se ven estimulados por estas conexiones? ¿Cuáles son sus efectos profundos en las esferas de la vida?”. De forma complementaria, y poniendo énfasis desde una perspectiva espacial podemos agregar: ¿Qué cambios se generan en las formas de producción social del territorio desplegadas por los migrantes? y ¿Qué sucede con la relación entre cultura y territorio cuando localizar prácticas, sujetos y colectivos se torna una empresa frágil y fugaz?

Los debates epistemológicos en los estudios sobre migración han cuestionado las convenciones empleadas para comprender la relación entre construcción de sentidos de pertenencia e identidad y su territorialización (Pries, 1999; Feldman-Bianco et al., 2015). Estos debates pueden ser agrupados en tres ámbitos: i) aquellos que demandan superar la noción de territorio comprendido únicamente como superficie o escenario material en el que se localizan los migrantes, proponiendo incorporar la noción de prácticas sociales mediante las cuales se lleva a cabo la apropiación cultural –material y simbólica– del territorio (Giménez, 2001; Tovar et

al., 2015; Garcés, 2012); ii) ampliar el significado del territorio asignado en relación al estado-nación como contenedor físico-espacial de identidades culturales, con fronteras y límites bien definidos (Pries, 2002) e incorporar el modo en que sujetos y grupos sociales producen territorialidades; iii) la idea de territorio como expresión de la relación isomórfica entre aspectos culturales y espaciales (Valdebenito y Guizardi, 2004), donde las identidades culturales se encuentran contenidas de manera fija en los territorios (ver trabajos de Barlösius, 2011). Estas nociones deben ser desplazadas hacia una perspectiva relacional en que las identidades culturales se producen de forma rizomática con/en/a través múltiples territorios (Haesbaert, 2005).

Existe una visión bastante hegemónica de interpretar la fluidez económica, de objetos y personas en la época actual como un proceso de desterritorialización, es decir, una creciente pérdida del significado social del territorio (Haesbaert, 2004). No obstante, es posible argumentar que lo social hoy tiende a experimentar múltiples formas de reterritorialización (Garcés, 2012). Una de las transformaciones profundas del modo en que se ejercen y se viven las territorialidades guarda relación con la importancia que adquiere la movilidad física, imaginativa o virtual (Sheller y Urry, 2006; Massey, 2008) de personas, informaciones, ideas y mercancías, entre otros, que han incrementado su capacidad de movilidad y agencia, reconfigurando la territorialidad migrante (Blunt, 2007).

La existencia de “otros espacios” (Foucault, 1986) u “otras territorialidades migrantes” implica pensar en el modo en que el territorio es apropiado por los sujetos, sus percepciones y significaciones del mundo, así como por sus experiencias espaciales que emergen en el continuo de la vida cotidiana (Lefebvre, 1991). Siguiendo a Bhabha (1994), en el contexto transnacional esas “otras territorialidades” son producto de territorializaciones híbridas, que tienen un carácter transfronterizo, al construir puentes entre lo propio y lo ajeno por medio de ejercicios de mimesis y diferencia. En este sentido, el cuerpo migrante “aparece” como un dispositivo de territorialización, que a través de su performance se expande y toma control del territorio al que arriba y lo transforma, integrando agentes materiales y simbólicos con ex-

presiones territoriales, portando discursos y emociones que reflejan su territorialidad (Butler, 2017). En su puesta en comunicación, el cuerpo transfiere significados y valoraciones, comunicando diferencias, construyendo puentes y produciendo distinciones (Haraway, 2013) que tienden hacia una relevante expresión territorial.

El presente artículo tiene como objetivo discutir teóricamente las posibilidades que se abren para los estudios migratorios, a partir del análisis de las relaciones entre territorio, territorialidad y cuerpo. A modo de pregunta se plantea lo siguiente: ¿De qué forma los migrantes generan prácticas de reterritorialización a través de su cuerpo?

En el marco de esta interrogante, se explora una práctica corporal específica que territorializa y comunica sentidos de pertenencia: aquella de visitar una peluquería por parte de población migrante afrocaribeña, en el centro de Santiago. Este espacio no solo implica la sociabilidad entre paisanos, sino que constituye una forma de territorializar la diferencia a través del “diseño de un cuerpo” que porta la diferencia (Butler, 2017). Al mismo tiempo, es un lugar de sociabilidad significativa para la población migrante y de encuentro con la población chilena, que se “mimetiza” con el cuerpo migrante como portador de “otra cultura”. Pero lo que sucede en la peluquería, el peinado como objeto, está hecho para mostrarse y ser comunicado en puestas en escena cotidianas, como expresión de un “cuerpo otro”, por las calles de Santiago.

A través de un abordaje interdisciplinar entre la Geografía Cultural y la Antropología (Giménez, 2001), y desde una perspectiva espacial socio-constructivista (Escobar, 2014; Haraway, 2002), se propone un enfoque integrador frente a las diferentes concepciones de territorio y territorialidad migrante (Haesbaert, 2005). Utilizamos un enfoque metodológico de carácter etnográfico (Guber, 2001), que reúne un conjunto de herramientas de observación para explorar en las prácticas sociales, la performance y formas de espacialización de identidades migrantes en contextos urbanos (Imilán e Iturra, 2014), aportando a la producción de un concepto de territorialidad migrante que permita profundizar la relación entre migración, identidad y territorialidad.

En los primeros tres apartados se discute, desde una perspectiva teórica, la noción de territorio-territorialidad, los procesos de desterritorialización-reterritorialización y la emergencia de territorialidades “otras” que surgen de las relaciones entre cuerpo y territorio, a través de la expresividad territorial. Posteriormente, se presenta un extracto del relato etnográfico en peluquerías migrantes afrocaribeñas del centro de la capital. Finalmente, las conclusiones permiten evidenciar el modo en que los migrantes portan territorio y territorialidades a través de sus cuerpos y comunicando sentidos de pertenencia mediante la expresividad de éstos.

De territorios y territorialidades

Los conceptos de espacio y territorio comúnmente han sido utilizados como sinónimos, y a pesar de estar estrechamente vinculados, cada uno de ellos encierra una discusión epistemológica propia. Siguiendo a Raffestin (1993, p. 144) “el territorio se forma a partir del espacio, es el resultado de una acción conducida por un actor sintagmático (actor que realiza un programa) en cualquier nivel. Al apropiarse de un espacio, concreta o abstractamente (por ejemplo por la representación) el actor territorializa el espacio”. La apropiación no se refiere únicamente a la dimensión material, sino también a la inmaterial, en las que el nivel simbólico y las significaciones asignadas por los individuos juegan un rol fundamental en la producción de las territorialidades (Giménez, 2001).

El territorio surge a partir de múltiples formas de apropiación social, que actores de diversos ámbitos despliegan sobre el espacio. Tal como lo señala Correa (1998), la apropiación del territorio no se refiere a su valor de cambio en cuanto propiedad, sino a los múltiples usos que sujetos y grupos sociales le atribuyen.

Al respecto, las investigaciones sobre territorio mantienen una visión dicotómica. Una primera línea de estudio, arraigada en la discusión política y económica, entiende el concepto apropiación como sinónimo de control y dominación (Raffestin, 1993; Sack, 2011; Saquet, 2010). En tanto, una segunda línea, más cercana a la Sociología y Antropología, se centra en describir las formas de apropiación sim-

bólica del territorio que reafirman las identidades (Bonnemaison, 2002; Correa, 1998).

En la primera perspectiva, el territorio surge como expresión del poder en el espacio geográfico, resultado de la tensión y el conflicto entre actores que intentan imponer proyectos que apuntan a objetivos disímiles. Para autores como Souza (2013, p. 102), el territorio surge a partir de “relaciones de poder espacialmente delimitadas y operando sobre un sustrato material”. El territorio es considerado como producto del dominio de su dimensión material, a través del establecimiento de límites y fronteras que permiten controlar el acceso con el fin de contener, restringir y excluir a otros de un área. Este enfoque hace posible comprender, por ejemplo, la dimensión territorial de los procesos de migración forzada en el contexto de conflictos armados como los vividos en Colombia (Jiménez y Suescún, 2007), o las situaciones de precariedad y vulneración de derechos, experimentadas por los migrantes al cruzar fronteras estatales, como puede ser el caso de la frontera norte de Chile (Tapia Ladino, 2015).

Las investigaciones en esta línea han desarrollado una fuerte crítica a las aproximaciones culturales del territorio y han sostenido como hipótesis la existencia de territorios cognitivos, a partir de observaciones hechas mediante estudios etnográficos, y argumentando su incapacidad de poder distinguir entre la dimensión espacial y territorial (Souza, 2013). Al considerar el poder como algo separado de la cultura, proponen la utilización de otras categorías de análisis espacial como el de “lugar”,⁴ con una tradición epistemológica más próxima a la dimensión simbólica del espacio geográfico. Sin embargo, en discusiones recientes, Haesbaert (2014) señala que el concepto de territorio apropiado desde el pensamiento latinoamericano es el símil del concepto de lugar en la perspectiva anglosajona.

En la segunda perspectiva de carácter culturalista, el territorio surge en cuanto apropiación cultural del espacio geográfico, como un concepto indivisible de la noción de identidad cultural. Tal como lo ex-

presa Bonnemaison (2002, p. 101-102), “es por la existencia de una cultura que se crea un territorio, y es por el [territorio] que se fortalece y se expresa la relación simbólica existente entre la cultura y el espacio”. Para el autor, el territorio más que un reflejo de la cultura, es su encarnación y por lo tanto, lo reconoce como lugar de mediación entre sociedad y cultura. Además, precisa que el análisis de la dimensión cultural del territorio expone una serie de dificultades, ya que “la cultura no organiza el territorio, sino que lo penetra” (Bonnemaison, 2002, p. 102), por lo que sus expresiones no se tornan materialmente visibles con facilidad.

De igual forma, tal como lo señalan Tovar y Martínez (2015, p. 118), para los migrantes el territorio tiene una significativa carga simbólica, el que es definido por un “conjunto de representaciones sociales que marcan el campo significativo del territorio, y que pueden manifestarse en formas materiales y solventes simbólicos que se convierten en emblemas de la identidad de los sujetos”. Así, para aproximarse al estudio de la dimensión cultural del territorio Bonnemaison (2002, p. 109) propone estudiar los “geosímbolos”, a los que define como “un lugar, un itinerario, o una extensión, que por razones religiosas, políticas o culturales, a los ojos de ciertas personas o grupos étnicos asume una dimensión simbólica que fortalece su identidad”. De esta forma, utilizando como ejemplo las diásporas migrantes afroamericanas, describe el modo en que los geosímbolos representan una herramienta, mediante la cual, se intenta reconstruir el territorio perdido, es decir, reterritorializar la cultura en el lugar de destino, argumentando que “todo se presenta como si una etnia no pudiese sobrevivir sin un territorio, lo que significa decir, sin un enraizamiento donde ella pueda anclar sus geosímbolos y fijar un espacio vivido que le sea familiar” (Bonnemaison, 2002, p. 115).

El enfoque binario de los estudios territoriales ha impulsado una perspectiva dicotómica y sesgada, que fragmenta la relación entre poder/cultura y entre lo material/subjetivo. Sin duda, tal consideración puede ser objeto de críticas, pues no existen culturas, ni identidades que se encuentren al margen de las relaciones de poder, y no existe una dimensión simbólica y cultural que no esté arraigada, de una

4 Se utiliza regularmente el concepto de lugar, desde una perspectiva fenomenológica, para relatar el modo en que los sujetos y sus grupos sociales experimentan y perciben el espacio geográfico.

u otra forma, a la dimensión material del territorio. Por ejemplo, en la actualidad es visible el modo en que el arribo de los migrantes, ha generado nuevas expresiones culturales en diversas ciudades latinoamericanas, las que pueden ser consideradas como prácticas de contestación frente a la cultura dominante, configurando verdaderas estrategias político-culturales por la apropiación territorial en la ciudad (Imilán, 2014; Sassone, 2007; Salazar, 2014).

La territorialidad es uno de los conceptos centrales que se desprenden a partir de la discusión sobre territorio, y al igual que este, compone un término polisémico, que varía según las acepciones de carácter político-económico, o cultural. Desde un enfoque político, y poniendo de relieve el poder como organizador del territorio, es posible definir la territorialidad como la acción de ejercer el poder sobre un área determinada, por ejemplo para controlar su acceso. Según Sack (2011, p.56), la territorialidad es “el intento de un individuo o grupo de afectar, influenciar o controlar personas, fenómenos y relaciones al delimitar y asegurar control sobre una cierta área geográfica que llamamos territorio”. En otras palabras, podría ser entendido como la práctica de poder y la estrategia utilizada para el control territorial. Desde un enfoque cultural, implica un conjunto de prácticas de la vida cotidiana mediante las cuales, material y simbólicamente, se fortalece la identidad cultural en términos territoriales. Según Bonnemaïson (2002, p. 107), “la territorialidad es la expresión de un comportamiento vivido: engloba al mismo tiempo la relación con el territorio y a partir de ella, la relación con el espacio extranjero. Incluye aquello que fija al hombre a los lugares que son suyos y aquello que lo impulsa para afuera del territorio, allá donde comienza el espacio” (Traducción del autor).

Un enfoque integrado de ambas perspectivas es presentado por Correa (1998, p. 256), quien define de forma general la territorialidad, entendida como “un conjunto de prácticas y sus expresiones materiales y simbólicas capaces de garantizar la apropiación y permanencia de un agente social “estado, empresas o grupos sociales– en un territorio dado” (Traducción del autor). En este sentido, es posible proponer que la territorialidad migrante sea entendida como

una práctica o estrategia que implica el ejercicio de apropiación y significación de un espacio por parte de un sujeto o un grupo social, el cual puede ser activado de forma material y/o simbólica, con el fin de remarcar su pertenencia e imprimir sobre el territorio una forma de representación particular, que acentúa la diferencia y permite fortalecer la identidad de una comunidad en la disputa por el reconocimiento (Carmo, 2007).

Desterritorialización y reterritorialización: emergencia de otras territorialidades

Los primeros autores en abrir el debate acerca de la desterritorialización son Deleuze y Guattari (2005), quienes desarrollan una propuesta de pensamiento de carácter rizomático para superar las limitaciones del pensamiento lineal, binario, estructurado y arborescente, poniendo énfasis en la condición relacional y compleja, a través de conceptos abiertos en constante devenir y que enfatizan la procesualidad. En efecto, los territorios migrantes se constituyen, más que como aspectos fijos, como dinámicos, complejos, en producción permanente (Massey, 2008). Tal como lo señalan estos autores (2005, p. 61), “las territorialidades están, pues, atravesadas de parte a parte por líneas de fuga que hablan de las presencia en ellas de movimientos de desterritorialización y reterritorialización”.

Una de las interpretaciones más interesantes de su obra se encuentra en Haesbaert (2004, p. 46), quien menciona que la desterritorialización puede ser entendida como “el movimiento mediante el cual se abandona el territorio, es la operación de línea de fuga, y la reterritorialización es el movimiento de construcción del territorio” (Traducción del autor). Esto reafirma la idea que toda desterritorialización conlleva la producción de una nueva territorialidad, a través de prácticas de reterritorialización. En este sentido, el territorio como condición inmanente de la sociedad, lejos de desvanecerse, tiende a mutar, reterritorializándose en nuevas configuraciones y prácticas territoriales que son desplegadas por parte de los grupos sociales (Haesbaert, 2005).

La desterritorialización implica la descomposición de las relaciones que se establecen entre los grupos

sociales y el territorio en el ámbito económico, político, cultural y ambiental (Haesbaert, 2014). Comúnmente la desterritorialización es resultado de imposiciones generadas por actores de poder, que fuerzan las relaciones que la sociedad genera con su territorio. Sin embargo, tal como lo señala Ianni (2004, p. 67), también puede tener consecuencias positivas, pues “de acuerdo con sus múltiples implicancias, el proceso de desterritorialización acentúa y generaliza nuevas posibilidades de ser, actuar, sentir, pensar, soñar, imaginar”.

En efecto, la migración implica la desterritorialización de las prácticas sociales arraigadas en el lugar de origen, reterritorializándolas a través de su reescalamiento en un territorio red (Herner, 2009). En ese proceso de destrucción y reconstrucción de territorios, se producen procesos creativos de los cuales emergen nuevas formas de ejercicio de la territorialidad y la cultura que no habían sido registradas anteriormente (Hiernaux y Lindon, 2004).

Precisamente, son aquellas nuevas formas de producción de territorialidades migrantes que surgen desde las prácticas de reterritorialización, las que nos interesa indagar y a las cuales hemos denominado como las “otras territorialidades”, utilizando el término “otro” como adjetivo que describe el modo en que los sujetos señalan, por medio de la diferencia, su identidad. Nos aproximamos a una de estas otras territorialidades, analizando la importancia del cuerpo migrante como territorio y el modo en que ejerce la territorialidad, rescatando para ello, las discusiones que han sido sostenidas al interior del pensamiento geográfico y particularmente por las geografías de género y teoría feminista (Haraway, 2013), explorando de manera específica cómo la relación entre cuerpo y territorio, a través de la performance migrante, puede ser entendida en el estudio de la “expresividad territorial” (Haesbaert, 2004).

El cuerpo como territorio y la expresividad territorial

La relación cuerpo-territorio-territorialidad ha sido explorada en Geografía, principalmente por las corrientes de género y la teoría feminista. Su reciente incorporación se debe a que los estudios

espaciales se han sostenido sobre una matriz de razón moderna y cartesiana que ha reproducido una perspectiva dicotómica y binaria que separa mente/cuerpo, sujeto/objeto, emoción/razón y cuerpo/espacio (McDowell, 2000; Haraway, 2013). El cuerpo se presenta como una construcción social que se encuentra histórica y geográficamente situada. Al respecto Silva et al. (2013) señalan que la incorporación del enfoque de cuerpo genera una verdadera apertura en las Ciencias Sociales, al deconstruir la herencia moderna.

Una de las primeras en abordar la relación entre cuerpo y territorio ha sido Linda McDowell (2000), quien sostiene que el cuerpo es un lugar o el “espacio en el que se localiza el individuo, y sus límites resultan más o menos impermeables respecto a los restantes cuerpos”. De igual modo, para Silva et al. (2013, p. 96) es posible reconocer la dimensión territorial del cuerpo cuando se reconoce que

[] los cuerpos son materiales, poseen forma y tamaño e innegablemente ocupan un espacio físico. Por medio de acciones, los cuerpos producen mercaderías. Siendo así, estados corpóreos, como salud, enfermedad, fuerza física, capacidad reproductiva y habilidades manuales son elementos de intensa asociación entre el cuerpo y la sociedad y, por lo tanto, con el espacio (Traducción del autor).

De esta forma, tal como lo señala Arboleda (2005), el cuerpo abre posibilidades para la lectura de fenómenos sociales más amplios y diversos en la medida en que “deja de ser una constante biológica y psicológica, para convertirse en un constructo social que sintetiza la dialéctica naturaleza-cultura”. En este sentido, la práctica de la inmigración es una práctica ‘encorporada’, es decir, se inscribe en el cuerpo trazando huellas sobre él, como si fuera un mapa de las experiencias.

Las prácticas de poder ejercidas sobre los migrantes se realizan a través de la clasificación social de las diferencias corporales, con el objetivo de cosificar, invisibilizar y descorporizar a los migrantes transformándolos en simples objetos, una estadística, un medio de producción y/o un bien de consumo (But-

ler, 2017). En este sentido, tal como señalan Silva et al. (2013, p. 97):

Los grupos de los otros son definidos por sus cuerpos, y las normas sociales los designan, de forma degradante, como desviados, puros, feos, repugnantes, enfermos y fuera de orden. Al aprisionar al otro en su cuerpo, los grupos dominantes están aptos para tomar su posición como sujetos desincorporados, sin marcas, porque ellos se constituyen como referencia positiva ante la que todos los demás son comprados (Traducción del autor).

De esta forma, es el cuerpo, su fisonomía y su forma de comportarse en el territorio, el que devela en el lugar de destino quien es diferente, quien no pertenece a ese territorio, y a partir del reconocimiento de esa diferencia es que se funda el rechazo y el prejuicio.

Los migrantes, al igual que otros grupos sociales excluidos, componen estrategias corporales que remarcan su “derecho a aparecer”. Tal como señala Butler (2017, p. 18), se “instala el cuerpo en medio del campo político [] amparándose en su función expresiva y significativa, reclamando para el cuerpo condiciones económicas, sociales y políticas, que hagan la vida más digna, más vivible” (Butler, 2017). De este modo se expresa una política del cuerpo, y el cuerpo como un local de contestación (Silva et al., 2013).

Desde una perspectiva cultural, “[e]l cuerpo es el primer material del que dispone el sujeto para elaborar su identidad” (Gavilán, 2005, p. 146). Por ello, es que los cuerpos migrantes pueden ser entendidos como portadores de territorios y territorialidades que se develan en las formas de ser y estar con/en el territorio, cuando se examina la performance y las prácticas sociales que se despliegan en la vida cotidiana. La performance se refiere al modo en que el cuerpo y sus lenguajes comunican significados, afectos y emociones, poniendo en escena contenidos culturales para su comunicación hacia “otros” (Goffman, 2009).

En la práctica cotidiana la performance del cuerpo migrante se expresa en sus movimientos, ritmos, poses y demás formas de ser y estar en el mundo,

develando una forma de vinculación particular con el territorio, que remarca la diferencia. Del mismo modo ropas, peinados y accesorios, con los que el cuerpo se viste, expresan en el espacio público la condición identitaria del sujeto, reconociéndose, a través de estos pequeños detalles, entre iguales y también para reafirmar su condición frente al diferente.

En efecto, las formas de expresión corporal han ocupado un lugar importante en la comprensión de las relaciones entre cuerpo y territorio. Como explica McDowell (2000, p. 59), “su forma [la del cuerpo] de presentarse ante los demás y de ser percibido por ellos varía según el lugar que ocupan en cada momento” y agrega que, “el cuerpo como superficie susceptible de decoración no es, sin duda, nada nuevo. Por el contrario, posee una larga historia, en la que los ejemplos más evidentes serían el tatuaje y las perforaciones, que, como actos decorativos y transgresores al mismo tiempo, aparecen continuamente a lo largo del tiempo y el espacio”, reconociendo que estos aspectos ya han sido estudiados en trabajos de Michel Mafessoli y en estudios realizados por Bourdieu, a través del concepto de *hexis corporal*, profundizado en el lenguaje corporal y sus expresiones sociales. De igual forma, Ortiz (2012, p. 121) se refiere a los cuerpos vestidos y su espacialidad.

[...] si tenemos en cuenta, que somos, la mayor parte del tiempo cuerpos vestidos [...] no es ninguna frivolidad decir que la moda es un elemento clave en la construcción de nuestra identidad y que, sin lugar a dudas, la clase social, el género, la sexualidad y la etnicidad se expresan a través de la producción, el consumo y las formas de vestir.

Como vemos, los migrantes poseen una amplia capacidad de expresividad territorial en los lugares de destino, encontrando en ellos una forma de reconocimiento con sus pares. La comida y la música también representan formas de expresión territorial que despliegan y de comunicación sensible, que permiten que el migrante deje de ser el “otro desconocido”. Por medio de estas expresiones se oye, se huele, se degusta al diferente (Imilán e Iturra, 2014). La expresividad territorial puede ser entendida como una forma de resistencia y disputa por el reconoci-

miento en el territorio de destino, ante los procesos de integración social de los grupos migrantes que la sociedad de destino genera por medio de la asimilación cultural, eliminando la diferencia y diversidad del recién llegado.

Las expresiones migrantes no deben ser entendidas simplemente como expresiones puras de la identidad de origen; por el contrario, tienden a mezclarse con las formas del territorio local, dando paso a nuevos y ricos modos de expresividad (Iaini, 2004). Así, lo que intentamos definir como expresividad territorial tiene que ver con la capacidad de comunicar sentimientos y/o pensamientos, y el cuerpo es uno de los medios a través de los cuales se manifiesta. Si asumimos como válido el axioma del migrante como portador de territorio, es decir, como sujeto cuyo cuerpo encarna la esencia del territorio que habita—así como de los territorios por los cuales transita—, podemos inferir que el ejercicio de la territorialidad migrante significa la expresión más clara de la cultura.

Entre cortes: territorialidades migrantes en las peluquerías del centro de Santiago

Las calles del centro de Santiago han cambiado radicalmente su fisonomía en años recientes. Entre los viejos edificios de galerías comerciales, una gran cantidad de espacios son reconfigurados como parte de territorialidades migrantes. Diversos autores (Garcés, 2007; Imilán, 2014; Margarit y Bijit, 2014; Stefoni, 2013) han descrito el modo en que poblaciones migrantes despliegan nuevas formas de producción y apropiación del espacio en el centro histórico de la ciudad. Negocios de venta de alimentos, centros de llamados, restaurantes, agencias de viaje y puntos de encuentro, configuran una nueva geografía de enclaves transnacionales, transformando el paisaje urbano de sectores como el centro de la ciudad.

A una cuadra de la Plaza de Armas de Santiago se encuentra un centro comercial de tipología llamada caracol—de estructura en concreto en forma de espiral—,⁵ que concentra al menos 22 peluquerías

migrantes, bajo el nombre de “galería Santiago”.⁶ Los “caracoles” son un tipo de arquitectura comercial que fue desarrollada a principios de la década de 1980, junto con el inicio de un consumo masivo vinculado a la introducción de políticas económicas y sociales de tipo neoliberal, que promovieron la importación de bienes manufacturados a menores costos que la producción de la industria nacional. El edificio tipo caracol privilegia la circulación, los visitantes suben y bajan por rampas, mientras se observan las vitrinas de locales de pequeñas dimensiones dispuestos consecutivamente. Como afirma De Simone (2012), en coherencia con la cultura de la represión de la dictadura, los caracoles son espacios para “ver y ser vistos”, ya que en su interior siempre se puede observar lo que sucede en su interior. Hoy en día los caracoles lucen como arquitecturas obsoletas, la actividad comercial más vibrante se ha mudado a los *malls* que se distribuyen por toda la ciudad, dejando al caracol como espacios comerciales residuales, orientados a públicos de intereses específicos. Muchos de estos edificios comerciales del centro de la ciudad han sido revitalizados a partir del emprendimiento migrante; ahí se concentran economías de la nostalgia de la migración (Stefoni, 2013; Ducci y Rojas, 2010), aprovechando los bajos precios de arriendo de los locales y la centralidad de sus localizaciones.

La galería Santiago es una economía de aglomeración de peluquerías, casi la totalidad de sus locales lo son; y el resto, servicios vinculados a la estética y cuidado del cuerpo, entre ellos, algunos locales para depilación y estudios de tatuaje. Se trata de un edificio dedicado al diseño del cuerpo.

En las ubicaciones cercanas al acceso principal se localizan peluquerías, cuyas paredes han sido pintadas en tonos pastel, tienen cortinas de tela estampadas con flores, un mobiliario con aplicaciones doradas, salas adornadas con fotografías de modelos estilo *new wave* y otras que recuerdan a la princesa Diana de Gales. Las fotografías lucen algo descoloridas por el paso del tiempo. Estos locales parecen acogedores, con iluminación cuidada y con la comodidad del

5 La tipología “caracol” es un tipo de edificio que tiene como fuente de inspiración la arquitectura del Museo

Guggenheim de Nueva York diseñado por Frank Lloyd Wright.

6 Nombre cambiado al original.



Figura 1. Vitrina de barbería y peluquería dominicana. Registro de los autores.

living de una casa. A medida que se asciende por la rampa, los locales presentan cambios, sus decoraciones se simplifican, cuelgan imágenes de modelos más actuales como parte de promociones de productos para el cuidado del cabello. Desde su interior suena músicaailable o romántica que se traspasa hacia el exterior. En el tercer piso, de un total de cinco, las peluquerías se promocionan con banderas: primero las colombianas y ya en la sección más alta, dominicanas, una portorriqueña y otra haitiana, aunque habitualmente incluyen la bandera chilena. Las fotos que cuelgan en los locales son de modelos afrodescendientes diferenciados por género, mientras que las peluquerías de los pisos inferiores son unisex. En las peluquerías para hombres, los dependientes son todos de sexo masculino. Se observa que, en los locales que tienen poca clientela, los estilistas, vestidos con poleras y jeans ajustados, hacen menos tediosa la espera revisando sus celulares, mientras un televisor –todos los locales cuentan con uno– transmite videos de música bachata, cumbia o romántica latina (Figura 1). En las peluquerías para mujeres, las dependientas son todas mujeres, la presencia de banderas es menos notoria, pero marcan el espacio de la vitrina con la promoción de extensiones de pelo negro y pelucas de variadas formas y colores. Juan es un peluquero –barbero en sus palabras–, de

nacionalidad colombiana y trabaja en uno de los locales del tercer piso (Figura 2). Llegó desde Buenaventura, el principal puerto de Colombia, donde se inició en el corte de pelo a los 13 años, primero mirando lo que otros hacían, hasta adquirir conocimientos sobre estilos y sus diferentes técnicas, a través de la observación en los locales de su barrio. Desde entonces, ha dedicado su vida a este oficio. Relata que

estudiaba en la universidad, y un primo mío siempre me decía que me metiera en esto, que era algo bonito, hasta que un día me decidí y comencé a trabajar en esto... Pero esto no lo veo como un trabajo, lo veo como algo que me apasiona. Yo no lo hago solo por dinero, porque sería fácil para mí llegar y cortar el cabello a cualquier persona y guardarme el dinero en el bolsillo y olvidarme. Pero eso no sirve, lo que a mí me queda es cuando yo le hago un diseño o, como decimos nosotros en Colombia, cuando mutilamos, y la persona se siente bien, se va contenta con lo que se le ha hecho, eso es algo que a ti te queda; es algo bonito para ti, y esa persona luego vuelve, trae a otra persona nuevamente... (Juan, 36 años, colombiano).



Figura 2. Peluquería Los Dominicanos.
Registro de los autores.

Juan comenta que “*esto de los cortes surgió en América [del Norte]; allí nace, se difundió por todas partes, pero en cada lugar se fue adaptando*”. Estéticas globalizadas se adaptan a espacios locales como parte de los procesos de circulación de signos, objetos y gustos que implican las interconexiones globales actuales. Los profesionales que trabajan en el centro comercial identifican diferencias significativas entre las distintas técnicas y estéticas clasificadas por país de origen: colombiano, dominicano y portorriqueño. Estas diferencias, comparado con la tradición chilena, pueden ser clasificadas dentro de la misma categoría sustentada en el uso exclusivo de la rasuradora eléctrica como instrumento de corte de pelo, desterrando el uso de tijeras, propio de la peluquería chilena. La selección y manejo de la herramienta está determinado por el tipo de pelo correspondiente al fenotipo afrodescendiente (Figura 3).

El tipo de pelo de la mayor parte de la población caribeña migrante es tratado con rasuradoras, las tijeras son inadecuadas para abordar el llamado “rizo



Figura 3. Peluquería portorriqueña de Flow Factory
– Barber Shop. Registro de los autores.

caracol”. Existe, por lo tanto, una distinción evidente entre los públicos, las técnicas y estilos que se desarrollan en estas peluquerías migrantes y las chilenas, en general. Pero también hay distinciones nacionales significativas dentro de la misma área caribeña e incluso entre las regiones de cada uno de estos países. Esa diversidad explica, en parte, la profusa presencia de peluquerías para público migrante del Caribe en el mismo recinto comercial.

Los peluqueros inmigrantes reconocen un enriquecimiento estético en Chile, que ha llegado de la mano de sus peluquerías, gracias a la utilización de técnicas más innovadoras que los profesionales chilenos del rubro no practicaban. Precisa que “*hay una destreza con la máquina que es diferente*”, lo que permite enriquecer las posibilidades de ofrecer cortes singularizados para cada cliente.

[El corte de cabello] *es algo especial, porque cada diseño es único, no hay ningún diseño que sea igual a otro. Yo comienzo a hacer los*

tribales y uno ahí comienza a crear, a improvisar. Por ejemplo, ¿tú ves esas llamas de allá? [indicando unas llamas en la vitrina de una tienda] Uno las puede dibujar, pero cada vez que las dibujes nunca te van a quedar igual, siempre van a ser diferentes, igual uno puede hacer un Nike, un Adidas, y eso va a quedar siempre igual, pero los tribales, no; es diferente... (Andrés, 27 años, portorriqueño).

En dos locales, distribuidos en pisos diferentes, se encuentran referencias a África (Figura 4). Las paredes están pintadas de blanco y verde claro, mientras en el fondo hay un escudo de Nigeria y al lado de éste, la bandera de ese país. En su interior trabajan dos mujeres. El local ofrece una gran diversidad de productos para la venta como cremas, jabones y aplicaciones para el cabello, entre otros. Edwin es de origen nigeriano, y cuenta que su madre vive en Chile desde que él tenía tres años, mientras su padre continúa en Nigeria. Se siente chileno y dice que “no siento nada cuando escucho de allá”. Pero, a pesar de que su vínculo con Nigeria es débil, éste es actualizado de forma permanente por la clientela que va al local, pues son personas de Nigeria y también de otros países africanos, que llegan para adquirir

productos específicos para el pelo y cuerpo, que en Santiago son escasos.

El local funciona hace más de 10 años en la galería y partió con el propósito de responder a la necesidad de contar con un lugar para el cuidado del cabello y cuerpo para las mujeres de origen africano que viven en Santiago. Adicionalmente, la peluquería es un espacio social significativo para la concurrencia y el intercambio no solo de información, sino también de nostalgias. Erwin comenta que “es un espacio donde ellas se sienten integradas, vienen aquí y se encuentran con gente en una situación similar”. Agrega que “siempre la gente va a tratar de buscar a los que son similares y aquí la gente se encuentra con personas que tienen un origen común”. Pero no solo participan de este espacio mujeres de origen africano; actualmente un creciente número de mujeres chilenas concurren para realizarse estos peinados (Figura 5). En las visitas de las clientas chilenas, las conversaciones son siempre sobre África; inquietan detalles de cómo se vive allá, de las comidas o de las fiestas. Una de las estilistas piensa que “ellas [las chilenas] vienen porque tienen ganas de viajar, de conocer y que no pueden, entonces vienen acá y es como viajar, porque conocen otras realidades”.



Figura 4. Peluquería Patsy. Registro de los autores.



Figura 5. Trabajadora y cliente en peluquería Patsy. Registro de los autores.



Figura 6. Peluquería “Estilo dominicano”. Registro de los autores.

Los días sábado son intensos en el caracol, en sus rampas se escuchan canciones en español y con ritmos marcados tratando de atraer a la clientela que se reúnen en los locales a conversar. La presencia de mujeres afrodescendientes es masiva. Al interior de uno de los locales, que exhibe en su vitrina una gran bandera de República Dominicana junto a la inscripción “Estilo dominicana”, se exponen aros, prendedores, esmaltes de uñas y cremas, entre otros productos (Figura 6). Dos mujeres lavan el cabello de una tercera, y entre ellas comparten sus historias de migración. Conversan que han pasado tres y dos años desde que llegaron a Chile, que la peluquería sería un negocio familiar de una de las estilistas, que el negocio anda bien y que la ciudad no es tan bonita, entre otras apreciaciones que se desprenden del diálogo que fluye algo caótico, entre risas, mientras se escucha el canto de un fragmento de la canción que suena por los parlantes. Es una conversación que tiene varias voces e historias, compartidas de forma simultánea, en la que se alternan los tonos de alegría, e ironía, casi siempre terminando entre risas. Mercy, mientras masajea el cuero cabelludo de la cliente, explica que *“hay personas que vienen frecuentemente y que no solo vienen a arreglarse el cabello, vienen a platicar, a encontrarse con gente que está en una condición similar a la de ellas... Entonces la gente habla de las noticias que tiene del país, de la situación de la familia, recuerdan lugares, cosas y otras*

cosas que dejaron atrás” (Mercy, 24 años, República Dominicana).

A un par de pasos subiendo por la rampa se encuentra la “Peluquería Internacional El flow” (Figura 7). Una madre y su hija son peinadas para una ocasión especial: una celebración familiar que tendrá lugar el mismo sábado en la tarde. Mientras una niña, de unos cuatro años, mira con sorpresa cómo su pelo es trenzado por una de las profesionales, la madre comenta que desde hace un año viene a arreglarse el cabello en este local. Lo prefiere, por la forma de cortar y de peinar, además de los productos que aquí se utilizan, pues son muy similares a los que hay en Puerto Rico. Es un *“pedacito boricua en Santiago”*, donde se siente cómoda y se olvida de los problemas, ya que conversa y se encuentra con amigas que ha hecho en la misma peluquería.

Las clientelas de las peluquerías migrantes del centro comercial son amplias y masivas, son parte de la vida cotidiana de los que encuentran en ellas no solo “espacios de refugio”, sino también una forma de actualizar la ‘encorporación’ de su diferencia, a través de peinados y estilos de estética. El caracol es un enclave de economía de nostalgia y, a la vez, un lugar de producción de diferencia aportada por sus agentes en sus prácticas cotidianas por la ciudad.



Figura 7. “Peluquería Internacional El flow”. Registro de los autores.

Conclusiones

La migración escenifica en forma acuciante la necesidad de poner en tensión el vínculo entre territorio e identidad. Con ello, se amplía la noción de territorio, desde un simple dato que describe la localización y distribución de la población migrante en el lugar de destino, a uno que aborda la dimensión territorial de la migración como condición y a la vez, como resultado de las formas de apropiación y significación territorial que sujetos y grupos sociales despliegan en la vida cotidiana. En este sentido, el territorio se conforma a partir de las prácticas y representaciones simbólicas que los sujetos migrantes hacen de él, hasta las expresiones materiales que estas idealizaciones adquieren.

Las formas de territorialización que emprenden sujetos y colectivos en contextos migratorios transnacionales son fundamentales para comprender el quiebre del vínculo entre una identidad “original” y un territorio “original”, componiendo nuevas configuraciones transterritoriales.

Estos vínculos, si bien se reactualizan en localizaciones específicas, resulta claro que en el caso de las peluquerías migrantes que se han analizado, también se imprimen en cuerpos concretos, son territorios que se ‘encorporan’ a través de marcas que remiten a lugares de pertenencia. De esta forma, es posible señalar que los migrantes portan territorio, comunicando sentidos de pertenencia a través de la expresividad de sus cuerpos. Estilos y formas de peinados son diseñados y adoptados por colectivos específicos de la migración como formas de expresar un territorio y una diferencia ‘encorporada’. Analizar el lugar del cuerpo como territorio que viene a reinstaurar un vínculo identitario fortalece la relación indisoluble de lo social y espacial.

Estas formas ‘encorporadas’ de territorialidad también son espacios de comunicación, como muestra la presencia creciente de personas no migrantes que desean compartir y “viajar” junto a los migrantes a través de la inscripción corporal. Así, la peluquería deviene en un territorio borde, en el cual se generan relaciones de carácter intercultural. La relación entre estos espacios intensos de sociabilidad y las ins-

cripciones en el cuerpo de los territorios de origen, dan cuenta de vínculos complejos entre territorio e identidad, de tipo polisémicos, múltiples, y que en la comprensión de esta diversidad de conexiones se iluminan dimensiones menos conocidas del fenómeno de la migración.

El conocimiento de las otras territorialidades y sus posibilidades de acción requiere la definición de nuevas metodologías que exploren la existencia del individuo y su vinculación con los territorios percibidos, imaginados y soñados. Más aún, nos plantean un desafío metodológico mayor cuando se busca incorporar en el análisis de las territorialidades la dimensión del cuerpo y las múltiples expresiones que surgen del lenguaje que se expresa a través de él. Por último, parece interesante incorporar en futuras investigaciones una perspectiva etnográfica multisituada, que permita comprender el modo en que los sujetos no migrantes se relacionan corporalmente con estas territorialidades emergentes de la migración.

Referencias citadas

- Arboleda Gómez, R. (2005). El cuerpo, territorio de significación en las culturas de la globalización. *Educación física y deporte*, 24(1), 73-89.
- Barlösius, E. (2011). *Soziologie des Essens: Eine sozial- und kulturwissenschaftliche Einführung in die Ernährungsforschung*. Beltz: Juventa.
- Bhabha, H. (1994). *The Location of Culture*. New York: Taylor & Francis.
- Bonnemaison, J. (2002). Viagem em torno do território. En Correa, R. L. y Rosendahl, Z. (Eds.). *Geografia cultural: um século* (pp. 83-132). Rio de Janeiro: Ed. UERJ.
- Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política: hacia una teoría performativa de la asamblea*. Ediciones Paidós.
- Canales, A. y Zolniski, C. (2000). Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización. En Comisión Económica para América Latina y el Caribe. Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (Ed.). *Notas de población* (pp. 413-432). Caracas: Publicación de las Naciones Unidas.

- Carmo, V. (2007). Itinerários teóricos sobre a relação entre território e identidade. Em Alvez, A. C., Goncalves, C. U., Rodrigues do Nascimento, F. y Arrais, T. A. (Eds.). *Itinerários Geográficos* (pp. 13-55). Niterói-Rio de Janeiro: Ed. UFF.
- Corrêa, R. L. (1998). Territorialidade e corporação: um exemplo. En Santos, M., De Souza, M. A. A. y Silveira, M. L. (Eds.). *Território-Globalização e Fragmentação*. (pp. 251- 256). São Paulo: Editora Hucitec.
- Feldman-Bianco, B., Sánchez, L. R., Espinoza, C. S. y Martínez, M. I. V. (Eds.). (2011). *La construcción social del sujeto migrante en América Latina: prácticas, representaciones y categorías*. FLACSO Sede Ecuador.
- Foucault, M. y Miskowicz, J. (1986). Of Other Spaces. En Foucault, M. *Diacritics* (pp. 22-27). Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Garcés, A. (2007). Entre lugares y espacios desbordados: formaciones urbanas de la migración peruana en Santiago de Chile. *Serie documentos*, 2, 5-22.
- Garcés, A. (2012). Localizaciones para una espacialidad: territorios de la migración peruana en Santiago de Chile. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 44(1), 163-175.
- Garcés, A., Moraga, J. y Maureira, M. (2016). Tres movilidades para una ruta: Espacio, comercio y transnacionalidad boliviana en Tarapacá. *Estudios atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas*, 53, 205-220.
- Gavilán V. (2005). Representaciones del cuerpo e identidad de género y étnica en la población indígena del norte de Chile. *Estudios Atacameños*, 30, 135-148.
- Giménez, G. (2001). Cultura, territorio y migraciones. Aproximaciones teóricas. *Alteridades*, 11(22), 5-14. Universidad Metropolitana Unidad Iztapalapa, Ciudad de México.
- Guattari, F., Deleuze, G. (2004). *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pretextos.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Bogotá: Editorial Norma.
- Haesbaert, R. (2004). *O mito da desterritorialização: do fim dos territórios à multiterritorialidade*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Haesbaert, R. (2005). Migração e desterritorialização. En Helion, P. N. y Pacelli, A. (Orgs.). *Cruzando fronteiras disciplinares: um Panorama dos estudos migratórios*. Rio de Janeiro: Editora Revan.
- Haesbaert, R. (2014). *Viver no limite: território e multiterritorialidade em tempos de in-segurança e contenção*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Haraway, D. (2013). Sowing Worlds: A seed Bag for Terraforming with Earth Others. En Grebowicz, M. y Merrick, H. (Eds.). *Beyond the Cyborg: Adventures with Donna Haraway* (pp. 137-146). Nueva York: Columbia University Press.
- Harvey, D. (2004). *La condición de la Posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Herner, M. T. (2009). Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari. *Huellas*, 13, 158-171.
- Hiernaux, D. y Lindón, A. (2004). Desterritorialización y reterritorialización metropolitana: la ciudad de México. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 44, 71-88.
- Ianni, O. (2004). *La sociedad global*. México: Siglo XXI.
- Imilan, W. A. (2014). Restaurantes peruanos en Santiago de Chile: construcción de un paisaje de la migración. *Revista de Estudios Sociales*, 48, 15.
- Imilan, W. e Iturra, L. (2014). Narrativa visual del paisaje migrante. Aproximaciones desde la etnografía y el video como herramientas de exploración urbana. *Revista 180*, 34.10-15.
- Irazábal, C. (Ed.). (2013). *Transbordering Latin Americas: Liminal Places, Cultures, and Powers (T)Here*. New York: Routledge.
- Jiménez, C. E. y Suescún, J. I. S. (2007). Territorio y migraciones en el contexto colombiano. *Cuadernos geográficos*, 40, 185-194. Universidad de Granada, Granada.

- Jirón, P. y Mansilla, P. (2013). Atravesando la espesura de la ciudad. Vida cotidiana y barreras de accesibilidad de los habitantes de la periferia urbana de Santiago de Chile. *Revista Norte Grande*, 56, 53-74. Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.
- Jirón, P. y Mansilla, P. (2014). Las consecuencias del urbanismo fragmentador en la vida cotidiana de habitantes de la ciudad de Santiago de Chile. *EURE (Santiago)*, 40(121).
- Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- Lewitt, P. y Schiller, G. (2004). Conceptualizing simultaneity: A transnational social field perspective on society. *International Migration Review*. 38(145). 595-629.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Cátedra.
- Margarit, D. y Bijit, K. (2014). Barrios y población inmigrantes: el caso de la comuna de Santiago. *Revista INVI*, 29(81), 19-77.
- Massey, D. (2008). *Pelo espaço: uma nova política da espacialidade*. São Paulo: Bertrand Brasil.
- Ortiz, A. G. (2012). Cuerpo, emociones y lugar: aproximaciones teóricas y metodológicas desde la Geografía. *Geographicalia*, (62), 115-131.
- Pries, L. (1999). La migración internacional en tiempos de globalización. *Nueva Sociedad* [online], 164, 56-68.
- Pries, L. (2002). La migración transnacional y la perforación de los contenedores de Estados-nación. *Estudios demográficos y urbanos*, 571-597.
- Raffestin, C. (1993). *Por uma geografia do poder*. São Paulo: Editorial Ática.
- Reyes Tovar, M. y Martínez Ruiz, D. T. (2015). La configuración identitaria en los territorios de migrantes internacionales. *Península* [online]. 10(2), 117-133 [citado 21.06. 2017].
- Sack, R. D. (2011). O significado de territorialidade. En Dias, L. C. y M. Ferrari, M. (Eds.). *Territorialidades Humanas e Redes Sociais*. Florianópolis: Insular.
- Salazar Zarco, A. L. (2014). Identidades en tránsito: Migración y reapropiación del espacio en el sur latinoamericano. *Economía, Sociedad y Territorio*, XIV(45).
- Santos, M. (2004). *Por uma outra globalização: do pensamento único à consciência universal*. Rio de Janeiro: Record.
- Saquet, M. A. (2010). *Abordagens e concepções de território*. São Paulo: Expressão Popular.
- Sassone, S. M. (2007). Migración, territorio e identidad cultural: construcción de "lugares bolivianos" en la Ciudad de Buenos Aires. *Población de Buenos Aires*, 4(6).
- Silva, J. et al. (2013). O corpo como elemento das geografías feministas e queer: um desafio para a análise no Brasil. En Silva, J. M., Jornat, M. y Chimin Junior, A. B. (Eds.). *Geografías Malditas: Cuerpos sexualidades y espacios* (pp. 85-142). Ponta Grossa: Todapalavra.
- Silveira, M. L. (2011). Novos aconteceres, novas territorialidades. En Dias, L. C. y Ferrari, M. (Eds.). *Territorialidades Humanas e Redes Sociais* (pp. 39-62). Florianópolis: Insular.
- Souza, M. L. (2013). *Os conceitos fundamentais da pesquisa sócio-espacial*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Stefoni, C. (2013). Formación de un enclave transnacional en la ciudad de Santiago de Chile. *Migraciones internacionales*, 7(1).
- Torres, A. e Hidalgo, R. (2009). Peruvians in Santiago, Chile: urban transformations and perception of immigrants. *Polis* [online], 8(22), 307-326.
- Valdebenito, F. y Guizardi, M. L. (2015). Espacialidades migrantes. Una etnografía de la experiencia de mujeres peruanas en Arica (Chile). *Gazeta de Antropologia*, 31(1).
- Vertovec, S. (2006). Transnacionalismo migrante y modos de transformación. *Portes, Alejandro y De Wind, Josh (coords.). Repensando las migraciones Nuevas perspectivas teóricas y empíricas*, 157-182.

